

para batir al enemigo y que no necesita inventar la existencia de batallones; lo que quiere decir : « confieso que sólo puedo compeler á usted á que se rinda haciéndole creer que tengo diez veces más soldados que usted pues aunque en realidad tengo doble número esto no es capaz ni de intimidarlo ni de darle la convicción de que debo triunfar. » No es otro el triste efecto de las mentiras de Santa Anna cuando dice á Barradas en su tercera comunicación : « El que muy en breve habría sobre sus fuerzas veinte mil mexicanos que impedirán el reembarque de uno solo de los que osaron... (1) »

Santa Anna estaba campado en Pueblo Viejo y Terán en « *Doña Cecilia* », entre Tampico y el fortín de la Barra, que había sido construído por las fuerzas expedicionarias con dos estacadas circulares y concéntricas con doble foso, pero que presentaba poca resistencia á la artillería de plaza con que contaba Santa Anna.

Cuando Santa Anna tuvo la respuesta enérgica de Barradas, decidido á batirse si no le concedía capitulación, recibió con afabilidad al emisario del jefe español coronel Salomón (2) y en junta de jefes y oficiales que convocó Santa Anna éste y aquélla ofrecieron verbalmente al expresado coronel

(1) Suárez Navarro, *Historia de México*, t. I, pág. 155.

(2) *Apuntes del coronel mexicano Iturría*, citado por Zamacois, *Historia de México*, t. XI, pág. 776.

Salomón bajo palabra de honor, garantir las vidas, propiedades y el honor de los capitulados. » Este incidente, descubre la verdadera política de Santa Anna; quería otorgar la capitulación porque comprendía que le costaría muy caro llevar adelante su designio de humillar á los españoles, y por tal motivo él y sus jefes empeñaban su palabra de honor en que á los vencidos se les darían las garantías propias de una capitulación honrosa, pero Santa Anna y sus jefes querían deslumbrar al vulgo mexicano, lanzarle á las galerías el *do de pecho de la rendición incondicional y presentar á los españoles á los pies de sus vencedores*. En suma, Santa Anna quería conceder á Barradas la capitulación para no verse obligado á cumplir lo que no podía hacer sino á costa de mucha sangre, ó de ningún modo, que era no dejar con vida á un solo español; y al mismo tiempo quería que apareciera en público y por escrito y para la historia, que no había otorgado capitulación sino obtenido humilde rendición. El coronel Salomón volvió á su campamento con las concesiones verbales de capitulación que ofreció Santa Anna ».

Barradas contestó el 10 de Septiembre, es decir al día siguiente, que puesto que se le ofrecía garantir las vidas, las propiedades y el honor de la división de su mando pasaban al campo mexicano el coronel Salomón y el comandante Don Fulgencio

Salas autorizados para hacer y firmar un arreglo sobre la base de las concesiones verbales « sin cuyas garantías, dice Barradas, V. S. puede conocer tan bien como yo que ésta *no puede presentarse á rendir sus armas á discreción*(1) ».

La cuestión había quedado reducida á lo siguiente : La patria estaba salvada, el enemigo dispuesto á capitular; pero Santa Anna ambicioso inexorable y conociendo á sus *galerías* quería ofrecerles el espectáculo teatral de una rendición incondicional. ¿ Debía derramarse sangres española y mexicana en un combate desesperado por el prestigio de Santa Anna ante un vulgo poco civilizado? Santa Anna optó como era de esperarse por su ambición y negó firmar lo que ofrecía bajo palabra de honor.

A poco de haberse retirado los comisionados españoles, se desató una terrible tempestad causando en el campamento mexicano de « *Doña Cecilia* » una inundación que elevó las aguas seis pies sobre el suelo. El general Terán para evitar se ahogaran los soldados los condujo á un bosque más elevado. Los españoles que ocuparon el fortín de la barra se vieron precisados á desocuparlo y cuando bajaron las aguas volvieron á ocuparlo. Defendían este fortín cuatrocientos españoles con

(1) *Barradas á Santa Anna*, 9 de Septiembre de 1829.

seis piezas de artillería, al mando del coronel Don Luis Vázquez, jefe de una resolución heroica como lo demandaban las circunstancias.

La tempestad cesó á la una de la tarde y fué necesario esperar á que bajaran las aguas para proceder al asalto del fortín de la barra; Santa Anna dispuso que lo ejecutasen el 3º y el 11º de línea; las compañías de preferencia del 2º, 9º y 5º y alguna fuerza de artillería, apoyando dos piezas colocadas en dos lanchas, una por lancha. Como se ve, los mil hombres destinados al asalto habían sido escogidos por Santa Anna, pues el 3º y 11º de línea gozaban de la reputación de ser lo mejor del ejército mexicano y como se verá la merecían.

El coronel mexicano Don Manuel María Iturria, que asistió al asalto y salió herido, fija la hora en que comenzó entre las diez y once de la noche del 10 de Septiembre. Este asalto es sin duda una de las mejores páginas verdaderas con que cuenta el ejército mexicano para probar que depurado, disciplinado y formado en todo, como ejército serio, es capaz de alcanzar la altura de las mejores tropas del mundo. Los mil hombres lanzados al asalto tomaron, después de un combate muy sangriento, la primera estacada pero no pudieron tomar la segunda; los españoles fueron en ella invencibles. Para probar la energía de la defensa y la buena calidad de la tropas ofensoras, me

bastará decir que éstas perdieron (bien comprobado) el treinta por ciento de su efectivo, sin desordenarse y obedeciendo la orden de replegarse. La pérdida de treinta por ciento sólo la resisten tropas de primer orden. El comportamiento de los jefes y oficiales fué sobresaliente, pues sin esto, no lo hubiera sido el de los soldados : en 1,000 hombres se perdieron oficiales y jefes muertos y heridos 16, lo que es muy alto.

El jefe de los defensores, Don Luis Vázquez cayó herido gravemente desde el principio del asalto, pero continuó dirigiendo la defensa, con una bravura digna de los mejores tiempos del ejército español.

Rechazado el asalto por los 400 españoles que perdieron también la tercera parte de su efectivo, el general Santa Anna, mandó á la madrugada del día 11, mil hombres á la posición de « *Doña Cecilia* » para dar un segundo asalto al fortín.

Barradas con su buen juicio de verdadero militar, comprendió que la ventaja alcanzada por sus 400 soldados del fortín rechazando el asalto de los excelentes mil soldados de Santa Anna, debió haber impresionado el ánimo de éste y haberle hecho comprender lo que le costaría vencer ó no vencer á los 1,600 españoles de la misma calidad fortificados en Tampico, y en tal concepto se dirigió, de nuevo, á Santa Anna por medio del coronel Don Miguel Salomón y Don Fulgencio Salas haciéndole

las mismas proposiciones que le había hecho en la mañana y que el jefe ambicioso mexicano había rehusado. Santa Anna bien juzgado por Barradas las aceptó. La sangre mexicana fué pues sacrificada únicamente en aras de la ambición de Santa Anna, que ante un Consejo de Guerra y ante sus compatriotas debía haber respondido la pregunta que ahora le hace la historia :

¿Era necesario para la dignidad é intereses de México exigir á Barradas su rendición incondicional? ¿Sí? Pues entonces Santa Anna yéndose para atrás de su intimación de rendición incondicional y concediendo la capitulación que por tres veces había negado, manchó la dignidad de su país y de sus armas. ¿No exigían la dignidad y los intereses de la nación la rendición de Barradas? Entonces ¿por qué derramó la sangre de su mejor oficialidad y de sus mejores soldados para darle al enemigo un nuevo triunfo militar y político?

*
*
*

Al ordenar Santa Anna la inmólacion de sus mejores soldados y oficiales, simplemente para formar su prestigio con la *barbarie de sus galerías*, dió pruebas no sólo de todo lo que era capaz de hacer de infame para adquirir celebridad, sino de notable impericia militar.

¿Por qué atacar de noche un fortín que á la luz meridiana no podía resistir por estar formado de estacadas, á la acción de la formidable artillería que poseía Santa Anna? ¿Por qué usar sólo de dos piezas pequeñas cuando el enemigo disponía de seis de grueso calibre? ¿Por qué si no había probabilidades de sorprender puesto que Santa Anna había dado el plazo de cuarenta y ocho horas para comenzar el combate, por qué, repito, no hacer jugar la artillería antes de lanzar las columnas al asalto sobre terreno fangoso donde se hundían los soldados entorpeciendo considerablemente su marcha?

Según el coronel mexicano Iturria, que tantas veces he citado y de cuyos *Apuntes* se ha servido Zamacois para escribir la versión mexicana, el general Terán había hecho justas observaciones á Santa Anna sobre los ataques de noche, diciéndole : « Compañero, los ataques de noche tienen graves inconvenientes, yo ofrezco á usted que mañana ocuparemos el fortín porque durante la noche situaremos proporcionalmente nuestras baterías, que en paralelas romperán sus fuegos al ser de día y las estacadas serán derribadas y nuestras columnas sufrirán poco al entrar al reducto (1). »

Terán tenía razón, en 1829, el ataque de noche era reprobado en general y admitido sólo en cir-

(1) Zamacois, *Historia de México*, tomo II, pág. 784.

cunstancias muy especiales. Actualmente hay autores que lo recomiendan debido á la potencia del fuego de las armas modernas de repetición, de gran alcance y notable precisión. La superioridad de una infantería se muestra sobre todo en su ataque á la bayoneta que le asegura el triunfo sobre tropas de menor calidad ó bisoñas. Las armas modernas hacen casi imposible que una infantería use la mejor y más terrible de sus facultades, la carga á la bayoneta, y sólo el ataque de noche puede hacer posible el uso de tan imponente arma.

Aun en 1903 no está decidido dar la preferencia al ataque de noche. Pero en 1829, cuando sólo se usaban fusiles de chispa, cañones lisos, pólvora negra de inferior calidad y proyectiles explosivos muy inciertos; el ataque de noche estaba condenado por las grandes autoridades militares como Federico II y Napoleón I.

« Jamás, dice Federico II, atacaré de noche, puesto que la oscuridad causa grandes desórdenes (1). »

« Las marchas y las operaciones de noche, dice Napoleón I, son tan inciertas que si á veces salen bien, por lo común fracasan (2). »

¿Por qué Terán probó, valiente, hábil, instruído, no mandaba la expedición contra Barradas en vez

(1) General Lewal, *Stratégie de combat*.

(2) Id., *Ibid.*,

de Santa Anna, inmoral, de valor discutible y que apenas sabía leer y escribir sin corrección? Porque bajo el régimen de los *cuartelazos* no son los generales que más saben los que más alta posición alcanzan, sino los que se pronuncian mayor número de veces, no hay que olvidar que cada defección produce uno ó más ascensos y Santa Anna era ya en 1829 el modelo del general venal, sin pudor ante ningún principio, sin decencia ante ninguna delicadeza, sin firmeza ante ninguna causa y sin lealtad ante ningún amigo. Dado el triste régimen de 1829, el primer general y hombre público de México tenía que ser el más despreciable ante la razón, el honor y la justicia.

Una vez que Barradas obtuvo la capitulación tal como la había pedido, en vista del abandono que sufrió, del clima que lo exterminaba y de la presencia y continuo aumento de fuerzas que podían llegar á destruirlo, se retiró á su país con todos los honores á que era acreedor por su valor y el de sus subordinados.

CAPÍTULO III.

CONCLUSIONES.

Es cierto que el general Santa Anna se portó como gobernador patriota usando de los procedimientos despóticos necesarios para llevar al terreno de los hechos parte del patriotismo vocinglero que resonaba estruendoso en la nación.

No es cierto que el general Santa Anna ni jefe alguno mexicano haya derrotado á Barradas.

No está probado que Barradas haya derrotado á las fuerzas mexicanas en El Chocolate y en « *Doña Cecilia* », ni está probado que llegasen á cinco mil hombres las fuerzas que el general Garza rindió sin combatir en Pueblo Viejo.

Los documentos oficiales mexicanos y los historiadores dignos de crédito por los documentos que presentan, admiten que Barradas obtuvo el triunfo en el tránsito de Cabo Rojo á Pueblo Viejo, en los « *Corchos* », en Villerías, en Altamira y en el ataque al fortín de la barra. Admiten también que el general Don Felipe de la Garza tuvo una conducta misteriosa y cobarde.